

LA FIGURA DEL CARIBE MEDITERRÁNEO EN GERMÁN ARCINIEGAS

UNA ESTRATEGIA DEL DISCURSO AMERICANISTA

LEONARDO MARTÍNEZ CARRIZALES*

PROPÓSITO

Este artículo es el resultado de una lectura crítica del ensayo *Biografía del Caribe* (1944), del escritor colombiano Germán Arciniegas. Nuestra lectura se ha concentrado en las representaciones y las figuras del discurso más significativas de este ensayo. Estas figuras (por ejemplo la idea de un “Caribe mediterráneo”) y estas representaciones (el pirata) no sólo constituyen, de acuerdo con las premisas de nuestra lectura, recursos del argumento y de la narración que caracterizan el aparato retórico de *Biografía del Caribe*, sino también las huellas textuales de la historicidad de este ensayo y del estatuto de autor bajo cuyas pautas Arciniegas construyó y difundió sus enunciados.

Las representaciones y las figuras del discurso que articulan un texto literario suponen las elecciones llevadas a cabo por un autor en el repertorio de recursos expresivos que una cultura literaria determinada en el tiempo y en el espacio pone a su disposición. Así, tales elecciones

en la construcción del enunciado literario señalan un lugar histórico y social; por lo tanto, una lectura concentrada en las formas verbales que resultan de las elecciones señaladas forma parte de los instrumentos críticos de la historiografía cultural, y no sólo de la crítica literaria. Tal ha sido nuestra perspectiva al estudiar con motivo de este artículo el discurso que Germán Arciniegas elaboró sobre América hacia los años cuarenta del siglo xx con base en los recursos, el público y los propósitos del horizonte de enunciación del cual formaba parte nuestro autor y en el cual sus palabras cobraron sentido pleno. Ese horizonte ya no es el nuestro. No obstante, eso no nos impide estudiarlo y conocer sus condiciones; en ese conocimiento se apoya la historicidad de la cultura letrada.

MATERIA

La obra literaria, el desempeño docente y la gestión política de Germán Arciniegas, cualquiera que sea su propósito y su materia, siempre se llevaron a cabo desde la perspectiva de América. La situación americana de enunciación de este escritor,

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

periodista, profesor y diplomático nacido en Colombia en 1900 determina todos sus discursos y todas sus formulaciones verbales. A este respecto, de Germán Arciniegas podría decirse algo parecido a lo que éste escribiera en 1952 acerca de una lección impartida por Alfonso Reyes en El Colegio Nacional de la ciudad de México sobre “las versiones medioevales de la caída de Troya”. En ese comentario afectuoso pero consciente de la *intención americana* que Arciniegas imprimió a toda su trayectoria intelectual y a la red de sus interacciones personales, leemos: “[...] él [Reyes], sin proponérselo, tal vez sin saberlo, toca y encanta las imágenes con algo que nace de la experiencia americana”.¹ De modo parecido, aunque proponiéndoselo y con plena conciencia, pues en esto radica parte de la originalidad y la importancia de su obra, Germán Arciniegas *toca y encanta las imágenes*, pongamos por caso las imágenes de Américo Vespucci, por aludir a uno de sus libros más significativos, *con algo que nace de la experiencia americana*. El *matiz de América* refracta en la perspectiva de Arciniegas el “tema universal”.²

En este sentido, el hombre de letras del cual nos ocuparemos en estas líneas se inscribe en el cuadro de los escritores americanos que, luego del proceso de

las independencias de las naciones de la América hispana, se dieron a la tarea de formular la identidad de estas comunidades históricas mediante los instrumentos conceptuales y los recursos simbólicos que habían normado su propia educación y, por tanto, su integridad como sujetos habilitados para construir bienes culturales. Entre estos recursos y estos instrumentos, una investigación dedicada a las representaciones y las figuras del discurso que se destacan como núcleos significativos de la explicación de América por parte de sus hombres de letras nos aproxima a un fenómeno paradójico: la construcción de la identidad de América Latina mediante las obras de los escritores que se han arrogado tal cometido tiene entre sus valores fundamentales la originalidad de este dominio geográfico y cultural, su novedad con respecto del resto del mundo conocido hasta el momento de su incorporación en el discurso de la historia mundial; sin embargo, esta identidad se construye gracias a los recursos de la imaginación europea. Entonces, América resulta una *función* de Europa, una proyección de la inteligencia de Europa sobre el territorio de América.³ En este sentido, unas veces América es una deficiencia de Europa; otras, su reparación. En cualquier caso, estas estructuras del discurso implican el lugar social y la identidad socialmente construida de quienes elaboran y reproducen tales estructuras: el hombre de letras en América Latina, el sujeto letrado que se reconoce a sí mismo como el

¹ Germán Arciniegas, “Una lección de Alfonso Reyes”, recogido en Serge I. Zaïtzeff, compilador, *Algo de la experiencia americana*, pp. 110.

² “El tema universal recibe en este caso el travieso escrutinio de un mexicano.” *Loc. cit.* El “tema universal” que se alude en esta frase corresponde a la caída de Troya y, por extensión, a toda la cultura griega clásica. En este elogio funciona la figura del *desplazamiento* de la civilización grecolatina a la experiencia americana operado gracias a la obra de un escritor. Esta figura será estratégica tanto en el americanismo de Alfonso Reyes como en el de Germán Arciniegas.

³ Esta condición paradójica es uno de los elementos de estudio del ensayo de Carlos Altamirano “El orientalismo y la idea del despotismo en el Facundo”, contenido en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos*, pp. 83-102.

responsable de reducir la realidad americana a las instituciones culturales de Europa, fuera de las cuales, a su juicio, no es posible pensar racionalmente el continente. Germán Arciniegas pertenece a esta órbita del discurso racionalizador de América. Nuestra discusión de la imagen de un “Caribe mediterráneo” examina en el ámbito del discurso literario las determinaciones históricas y sociales del sujeto letrado que encarna Arciniegas.

En la obra de este notable escritor colombiano se lleva a cabo un acercamiento drástico, casi diríamos un desplazamiento en un sentido físico, del *tema europeo a la experiencia americana* como efecto de la tematización de un problema capital de la historia de la cultura de América Latina: las relaciones conceptuales entre América y Europa. Este problema es de tal importancia para la configuración simbólica de Latinoamérica como una entidad histórica, que citaré con toda su amplitud el planteamiento de la cuestión por parte del historiador José Luis Romero:

Quizá pueda cuestionarse –y de hecho se ha cuestionado– si Latinoamérica existe como una unidad real. Pero, cualquier respuesta que se dé a ese interrogante, es innegable que existe al menos como una unidad mirada desde Europa, en relación con la cual se ha dado siempre una suerte de diálogo de muy variados matices. No significa esto que no se hayan dado en Latinoamérica ciertos procesos autónomos. Por el contrario, significa, precisamente, que se han dado desde un comienzo; pero tales procesos han debido conjugarse con otros desencadenados fuera de su área, dirigidos y controlados desde Europa, y por eso Latinoamérica ha debido ajus-

tar su desarrollo a ciertas constricciones impuestas por quienes observaban el poder de decisión o ejercían influencias decisivas. Podría decirse que el desarrollo latinoamericano resulta de cierto juego entre una vigorosa originalidad y una necesidad de adecuarla luego a ciertos esquemas de origen extraño que la limitan y constriñen.⁴

En este horizonte de sentido es posible investigar las operaciones cognitivas y expresivas que se encuentran cifradas en el acercamiento de Europa con el paisaje natural y social de América; acercamiento cifrado en el discurso de Arciniegas en las representaciones de los piratas atareados en los puertos y las costas del Caribe. Por ejemplo, Verrazano a las puertas del Golfo de México cuando se alza con el fabuloso tesoro de Hernán Cortés que éste despacha a su majestad católica; Francis Drake alojado en el corazón de las muchachas de Cartagena de Indias que duermen la siesta criolla en espera de volver a ver al aventurero cruzar el mar por la Boca Chica, o bien agazapado en un escondite del Golfo del Darién con el propósito de tomar por asalto la embarcación que traslada la plata del Potosí a los puertos que desde la bisagra de América conectan los veneros de este mundo nuevo con el antiguo.

En cualquiera de estos casos y otros parecidos hay una simbolización del *desplazamiento* de Europa hacia la órbita geográfica de América, como si el centro de gravedad de la tierra se hubiese recorrido hacia la izquierda unos cuantos gajos en las representaciones de los cartógrafos del Renacimiento; como si en

⁴ José Luis Romero, *El obstinado rigor*, p. 35.

efecto, tal y como lo plantea Germán Arciniegas, el drama centenario que se ha desarrollado en el Mar Mediterráneo hubiera rebosado los límites grecolatinos de ese vaso de agua civilizadora para rebalsarse en el Caribe y prolongar en América la obra de Europa.

Esta clase de representaciones literarias articulan la perspectiva americana de Germán Arciniegas a lo largo de toda su obra y no son sino proyecciones simbólicas con un valor estético de fuertes tensiones que obligaron a la cultura letrada de América Latina a repensar en el contexto del periodo de entreguerras y de la Segunda Guerra Mundial su legitimidad como expresión del continente, y a problematizar sus vínculos con las tradiciones intelectuales del mundo europeo. La contribución más conocida en el ámbito literario a este respecto es la de Alfonso Reyes gracias a su ensayo *Última Tule* y a una buena parte de las páginas que, junto a este último título, integran el tomo décimo primero de sus obras completas. El libro de Arciniegas que será la materia de nuestra discusión en las páginas que siguen, *Biografía del Caribe*, se organiza de acuerdo con el argumento sancionado y acreditado por Alfonso Reyes consistente en que América ha sido prefigurada en el pensamiento de la Antigüedad grecolatina como una utopía; utopía que cobra consistencia al paso de los siglos al ser traducida en los términos de una reparación política de Europa. En este traslado de Europa a América que da lugar a un ameno relato de aventuras en el caso de Arciniegas, hay una tesis cultural cuya consideración nos proponemos hacer en estas páginas.

UNA PERSPECTIVA AGÓNICA DE LA SOCIEDAD Y DE LA HISTORIA

El pirata es una de las figuras que se destacan con mayor nitidez en el ensayo *Biografía del Caribe* de Germán Arciniegas.⁵ Este personaje, igual que otras figuras afines en esta obra, indica la perspectiva agónica, enérgicamente individualizada, biográfica, casi heroica, que el autor abriga a propósito de los procesos históricos y sociales. Una perspectiva que se dobla en un “estilo tan vivo, tan saludable, tan noble”, cruzado continuamente por “ráfagas vitales”, según las palabras laudatorias de Alfonso Reyes a propósito de *América mágica*.⁶

Una perspectiva de la sociedad y de la historia que centra su funcionamiento interpretativo en las “ráfagas vitales” de la aventura humana, por necesidad, ha dejado sus huellas en la elaboración del relato que nos ocupa; entre todas éstas destaco la estrecha cercanía del saber que se procesa en esta clase de discursos con el escenario material en el que se lleva a cabo la lucha de unos seres humanos con otros. Éste es un efecto intenso que se produce en una conciencia cuyos dictámenes racionales no sólo no pretenden apartarse de la con-

⁵ Esta obra fue publicada por vez primera en 1944. La edición a la cual he tenido acceso con motivo de este artículo es la siguiente: Germán Arciniegas, *Biografía del Caribe*, 10ª ed., Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1973. En adelante, las páginas de las cuales se han tomado las citas correspondientes a esta obra se indicarán entre paréntesis inmediatamente después del texto. Una edición accesible actualmente para el gran público es la publicada en México, en 1983, por Editorial Porrúa (Colección Sepan cuantos..., 406), con al menos tres reimpressiones.

⁶ S. I. Zaitzeff, *op. cit.*, p. 101.

creción de los actos del ser humano discernible y diferenciado con respecto de otro, sino que apelan a esta materialidad como prueba o ejemplo de valor absoluto. Al conservar unido el proceso del conocimiento con el mundo vital humano, el relato coloca su materia en un contexto de lucha, en el escenario donde los cuerpos entran en contacto entre sí para hacer evidentes, y aun atrayentes para el lector/espectador, las fuerzas colectivas que en ellos se condensan.⁷

Por ello, en más de un lugar, Arciniegas caracteriza los procesos desencadenados por el “descubrimiento” de América como un *drama*, una *epopeya*, una *aventura*; es decir, un relato comprensible gracias a los actos concretos de un ser humano. “Todo parece una epopeya. Todo una novela picaresca” (p. 11). Así ocurre con los descubridores, los conquistadores, los reyes, las reinas, los comerciantes y los navegantes que integran el elenco de los personajes sobre el cual se construye el discurso de este libro. No hay tesis en nuestro autor que no se encuentre planteada en los términos de un ser humano que entra en colisión con otro en un escenario claramente determinado. Esta perspectiva es uno de los motivos que da sustento a la figura retórica del título de la obra que atribuye la vida humana a esta región de América, cintura del continente: *Biografía del Caribe*. En este sentido, América resulta ser el conjunto de las vidas notables, destacadas y sollamadas por el prestigio de la aventura, cuya

gestión da la medida, según el plan del ensayo de Germán Arciniegas, del Caribe y, por medio de éste, de toda América. No se trata de un procedimiento meramente constructivo y estilístico, sino de uno intelectual: un mecanismo analógico del entendimiento propio de las formas literarias, y específicamente del ensayo. Entre todas estas vidas temerarias se alza el pirata que, escribe nuestro autor, da como escudo de armas al Caribe “un trapo, unas tablas y unos cuchillos”, instrumentos de aventura y violencia con los cuales se hizo “el mapa del mundo” en el siglo XVI (p. 12). El pirata es el señor de los mares que, en virtud de sus navegaciones, traza la figura del mundo moderno. Gracias a semejante estatuto en las operaciones cognitivas de nuestro autor, el pirata se convierte en la figura de mayor densidad en su discurso.

En consecuencia, el ensayista colombiano no tiene como propósito ni la documentación ni la explicación histórica de los piratas que han dejado su rastro en los puertos del Caribe; en cambio, Arciniegas se vale del prestigio agónico de estos personajes –su valor, su audacia, sus aventuras, su violencia, su fuerza física– para construir una figura capaz de calzar el mecanismo predominantemente narrativo de su ensayo y, al mismo tiempo, condensar en estos apuntes biográficos los ejes de su entendimiento de la dinámica del Caribe en un escenario geopolítico dominado por la navegación y el comercio trasatlántico.

Entre todas las virtudes agónicas que convienen a la construcción del relato americano de Arciniegas, destaca la violencia: “La violencia con que fueron ensanchándose los horizontes empujó a los hombres por el camino de la audacia

⁷ En la idea que da pie a esta nota tomo en beneficio de mis propósitos las muy estimulantes reflexiones que Walter Ong lleva a cabo a propósito de algunas características del pensamiento y la expresión de índole oral. Consúltese su obra *Oralidad y escritura*, pp. 49 y 50.

temeraria. No hubo peón ni caballero, paje ni rey, poeta ni fraile, que no tuvieran algo de aventureros" (p. 11). Las peripecias de estos aventureros son una consecuencia del "descubrimiento de América" y ocurren, "tanto o más que en ningún otro sitio del planeta, en el mar Caribe", cuyo drama hace que la vida tome una nueva dimensión:

se pasa de la geometría plana a la geometría del espacio. De 1500 hacia atrás, los hombres se mueven en pequeños solares, están en un corral, navegan en lagos. De 1500 hacia adelante surgen continentes y mares oceánicos. Es como el paso del tercero al cuarto día en el primer capítulo del Génesis (p. 11).

En último término, América, gracias al escenario agónico del Caribe, gracias a la violencia que ensancha el horizonte del mundo en virtud de la temeridad de hombres audaces, queda inscrita en el tiempo y en el espacio de los intereses de Europa. "La historia del Caribe en el *xvi* hay que verla como un campo de batalla donde se juegan, con los dados de los piratas, las coronas de los reyes de Europa" (p. 12). Europa se ha trasladado de un momento a otro, en los navíos piratas, a las costas de América. Ésta es la postulación literaria de una tesis que da estructura y coherencia al ensayo *Biografía del Caribe*, materia de estudio en las siguientes páginas de este artículo. En primer lugar, dediquemos un espacio al horizonte social y a los expedientes culturales que alimentaron una tesis de esta naturaleza. Porque un planteamiento así expresado, así estabilizado en ciertas representaciones verbales, se inscribe en un campo sometido a tensiones tanto

políticas como ideológicas que es conveniente tomar en cuenta.

LA CIUDADANÍA "OCCIDENTAL" DEL HOMBRE DE LETRAS LATINOAMERICANO

Un episodio primordial de la cultura latinoamericana del siglo *xx* se encuentra constituido por múltiples obras literarias concebidas y formuladas con el propósito de llevar a cabo un examen retrospectivo e introspectivo de los países del área. La literatura ofreció a los hombres de letras la posibilidad de elaborar referentes simbólicos capaces de explicar, al margen de las disciplinas de estudio sancionadas por el campo científico, la naturaleza de las sociedades ya constituidas en el orden político hacia el siglo *xx*, aunque obligadas a reconsiderar y, en no pocos casos, refrendar su integridad con motivo de un sistema internacional que se organizó a lo largo de la primera mitad de la centuria.

En este sentido, la necesidad de explicar el pasado, la identidad y la función histórica de los pueblos de América Latina se actualiza como consecuencia de un espacio que, lejos de tener como prioridad la independencia y la constitución política del área, en principio ya conquistadas durante el siglo *xix*, propone a las minorías políticas y culturales de la región la tarea de replantear las bases de los Estados nacionales en medio de alianzas estratégicas entre países. No se trata de las funciones identitarias que la literatura y el arte desempeñan en el marco del auge de los nacionalismos, sino de un desvío que se impone a estas tareas ideológicas durante los años más álgidos del periodo de entreguerras, antesala de la conflagración internacional de 1939-1945. Es

necesario subrayar que, al lado de la evidente dimensión política de este proceso, hay también una dimensión simbólica de gran envergadura que compromete a los actores, los instrumentos y las instituciones propias del campo social reservado a las letras. El compromiso de esta zona de la organización social con el diseño político de la integración de América Latina en los nacientes bloques internacionales no sólo consiste en la dotación al servicio diplomático de una coherencia discursiva, sino en la problematización del lugar y la función de la *literatura* en el nuevo orden.

Si sobre los dispositivos propios del aparato literario ya no descansa la función legitimadora de *escribir*, *legislar* y reducir al orden de la razón letrada todos los ámbitos de la vida social en América Latina, ¿cuál ha de ser entonces la fuente de su autoridad y de su pertinencia pública? En esta problematización se destaca el asunto relativo al estatuto del *hombre de letras latinoamericano*. ¿Cuál ha de ser el papel, el crédito público y la función social del *hombre de letras* en la ciudad latinoamericana que, lejos de la necesidad imperiosa de constituir su independencia y su identidad políticas, se apresta con urgencia a explicar racionalmente su incorporación en las zonas de influencia de las potencias del nuevo orden internacional? ¿Cuál ha de ser la tarea que reclame para sí mismo el sujeto letrado que ya no puede acreditarse como fundador de la patria, ni civilizador de la nación, ni modernizador del Estado?⁸

⁸ Con respecto de las funciones características del hombre de letras que se encuentran implicadas en este último enunciado, he tenido en cuenta la perspectiva de análisis desarrollada en los primeros tres capítulos de Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, pp. 19-81.

La importancia de las cuestiones implicadas en estos planteamientos justifica suficientemente el espectáculo de una buena parte de los intelectuales latinoamericanos que, a partir de los años veinte, se movilizan con el objetivo implícito en sus responsabilidades públicas de elaborar el sustento doctrinal o teórico de su propia acción social, de la pertinencia pública de su propia obra y, en última instancia, de su propia identidad histórica.⁹ Esta movilización de naturaleza literaria se organiza con el propósito deliberado de construir una nueva figura del *hombre de letras* que recupere el patrimonio de la historia del escritor en la *ciudad letrada* latinoamericana, y lo reconsidere con base en los imperativos del nuevo orden internacional. Gracias a esta coyuntura que sacudió los fundamentos ideológicos y culturales de Europa —matriz conceptual de la civilización atlántica— algunos sectores ilustrados se vieron obligados a poner fin al largo periodo caracterizado por Julio Ramos como la “fragmentación de la república de las letras” mediante la actualización y la refuncionalización de algunos instrumentos y discursos de esta entidad en crisis, como los correspondientes a una *función estatal* de la literatura.¹⁰

⁹ Uno de los casos más destacados en este contexto es el correspondiente a los hombres de letras vinculados con la Revolución Mexicana. La acción social de éstos a partir de 1915 rinde testimonio del desplazamiento drástico que tuvieron que asumir con respecto del horizonte social y el campo discursivo que había venido caracterizando su identidad pública. Sugiero la relectura a la luz de estas consideraciones de los itinerarios intelectuales planteados por Pablo Yankelevich en *La revolución mexicana en América Latina*, 2003.

¹⁰ Julio Ramos, *op. cit.*, pp. 50-81.

Con motivo del replanteamiento de esta figura de autoridad intelectual no sólo se replantea la dimensión cultural propia de los Estados nacionales, sino que también se reabre el expediente de Europa en las operaciones conceptuales de la identidad latinoamericana. Entonces, Europa, amenazada en su viabilidad política, ya no puede ser elaborada con base en el modelo de su hegemonía absoluta; su inevitable referencialidad con respecto del orbe latinoamericano se replantea de acuerdo con discursos que trasladan su integridad al campo simbólico de las tradiciones intelectuales de “Occidente”, entidad imaginaria que implica, al lado de Europa, a las Américas, reunidas gracias a una comunidad pretendidamente esencial que se discute en los archivos culturales del Humanismo clásico. Las tradiciones letradas de este archivo cultural confieren al hombre de letras latinoamericano una autoridad vigente en el territorio simbólico de la comunidad de naciones “occidentales” y, en consecuencia, éste se apresta a destacar en sus discursos la integridad de un sistema internacional concebido como proyección actualizada del orden grecolatino.¹¹ Éste es el expediente cultural que hacia los años treinta y cuarenta, en la obra de personajes como Alfonso Reyes y Germán Arciniegas, alimenta el desplazamiento de Europa sobre América y todo su aparato retórico.

¹¹ Sobre este problema he aventurado algunas ideas en la introducción a la correspondencia Alfonso Reyes/Enrique González Martínez, *El tiempo de los patriarcas*, especialmente en el capítulo segundo, “Una amistad en el contexto del clasicismo”, pp. 41-59. En dichas ideas he tenido en cuenta la obra de Arturo Ardao, *América Latina y la latinidad*, 1993.

LA INVENCIÓN DE “OCCIDENTE”

El ensayo fue una herramienta cultural de la mayor importancia para llevar a cabo este proceso. La materia de ensayos como *Última Tule* y *Biografía del Caribe* radica precisamente en el replanteamiento de la figura del hombre de letras de la ciudad latinoamericana incorporada en la geografía de la “comunidad occidental” gracias a los archivos culturales del Humanismo clásico. En estas obras, Reyes y Arciniegas han reabierto el expediente de Europa con base en un nuevo recorte del problema, alimentado por la geografía clásica y humanista del descubrimiento, conquista e incorporación de América al sistema internacional de “Occidente”; lectura del pasado que lleva implícitos en su formulación los intereses del presente de ambos autores, sujetos a las tensiones por incorporar a América Latina en la zona de influencia de los países aliados.

El alcance del ensayo considerado como un instrumento conceptual y expresivo a un mismo tiempo no sólo radica en su ubicación como parte de los géneros doxológicos y persuasivos del discurso (Marc Angenot), sino también, y sobre todo, en su capacidad de *inscribir* la problematización América/Europa/Occidente en su propia materialidad verbal.¹² En virtud de ello, por ejemplo, los

¹² La materialidad verbal del texto literario lleva inscritas no sólo las elecciones de índole expresiva que el autor llevó a cabo con base en una situación de enunciación específica, sino también el proceso en sí de su entendimiento. Con el propósito de subrayar las posibilidades intelectivas del ensayo, consúltese Evodio Escalante, “La metáfora como aproximación a la verdad. Ensayo acerca del ensayo”, pp. 289-309. Con respecto de nuestros intereses, cito estas palabras: “A la luz de lo que se dice en el texto

ensayos referidos son obras que tienen el mar como escenario (el mar grecolatino de las primeras incursiones en busca de la imagen cabal del planeta; el mar agitado por la Segunda Guerra Mundial (en conquistas todavía inciertas), y un movimiento en su orden expresivo que se desplaza hacia el Occidente, de Europa hacia América, de los primeros puertos del Mediterráneo y del Atlántico europeo hacia el Caribe (el desplazamiento de la navegación renacentista y humanista hacia el Caribe; el desplazamiento de la Europa aliada hacia América en busca de auxilio). En la *puesta en forma* del ensayo quedan incorporadas las huellas de la situación de enunciación en la cual se lleva a cabo la voluntad de explicar el problema americano.¹³

filosófico [la *Poética* de Aristóteles], su valor [de la metáfora] es ante todo cognoscitivo. De aquí que pueda decirse que el trabajo del ensayista es en sí mismo metafórico. Porque *produce un conocimiento*, y no lo hace por la vía reflexiva, por la vía del conocimiento templado, obedeciendo la normatividad del proceder científico (y su dogmatismo consiguiente), sino por la vía de la intuición" (p. 294). Por su parte, Liliana Weinberg destaca, al lado de estos mecanismos de intelección propios del ensayo, sus instrumentos expresivos en un complejo modelo teórico de índole pragmático-enunciativa cuya ley fundadora es *el que piensa escribe*. Consúltese especialmente la segunda parte de *Pensar el ensayo*, pp. 125-170.

¹³ Al hacer uso en la frase que da pie a esta nota de las palabras "puesta en forma", cuyo sinónimo posible sería *formalización*, cito en beneficio de estas páginas la estrategia de lectura crítica apenas esbozada en Carlos Altamirano, "Ideas para un programa de historia intelectual", pp. 13-24. En el pasaje que interesa a los propósitos de nuestra discusión, Altamirano se interesa en una serie de textos latinoamericanos que suelen caracterizarse como "ensayos", "pensamiento latinoamericano" o "literatura de ideas"; cualquiera que sea la propiedad de esta denominación, el autor argentino lamenta que al abordar estos textos regularmente se pase por

Reyes, en las conclusiones de *Última Tule* escribió lo que copio enseguida a manera de ejemplo de una inscripción del espacio/tiempo que determina el enunciado:

A partir de ese instante [el correspondiente al descubrimiento], entre las vicisitudes históricas, entre vacilaciones y acasos [...], América aparece como el teatro para todos los intentos de la felicidad humana, para todas las aventuras del bien. Y hoy, ante los desastres del Antiguo Mundo, América cobra el valor de una esperanza.¹⁴

En una sola frase se inscribe el yo del autor en el *hoy* de *los desastres del Antiguo Mundo* ante el cual se ha relatado la historia de la utopía de América. La enunciación ocurre en el eje que reúne el ayer del ideal civilizador y el hoy de la esperanza de la realización de ese ideal; el ayer/Europa y el hoy/América; y el sujeto de la enunciación como mediador de ese esquema binario. El argumento de índole paratáctica que queda cifrado en este esquema anuncia una demostración anticipada; una demostración enraizada en el léxico, las figuras o las representaciones del enunciado mismo; una demostración característica del ensayo que no sólo carece de un aparato persuasivo, sino también de un proceso de encadenamientos conclusivos: las tradiciones letradas de la utopía americana postuladas por la inteligencia europea

alto "su forma (su retórica, sus metáforas, sus ficciones), es decir, [...] todo aquello que ofrece resistencia a las operaciones clásicas de la exégesis y el comentario" (pp. 16-17).

¹⁴ Alfonso Reyes, *Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XI, p. 61.

se convertirán en el fundamento de un orden internacional renovado a partir de los años cuarenta. Los recursos de esta demostración no persuasiva (figuras, representaciones) indican con claridad las determinaciones espaciales y temporales (culturales) del sujeto enunciante y de su comunidad de sentido.

Estas *huellas* o *inscripciones* del punto de enunciación del hombre de letras latinoamericano ante los fenómenos planteados por el nuevo orden internacional permiten investigar los pormenores de sus empeños por simbolizar *la posición de América* (Alfonso Reyes); empeños relativos no sólo al tratamiento de la materia americana, sino también al sujeto que enuncia esta clase de obras literarias, el horizonte social en el que dicho sujeto histórico quiso situar su texto, y el depósito de tradiciones intelectuales que hizo posible sus formulaciones. En este complejo entramado discursivo intensificado por la Segunda Guerra Mundial funcionan las figuras del discurso, las representaciones y los símbolos que condensan tanto la intelección como la expresión del problema americano que tratamos en este artículo.

Uno de los integrantes de la *clase literaria* que más hizo por discutir esta situación, Alfonso Reyes, escribió en 1943 lo que copio enseguida:

De todos los puntos del horizonte llegan avisos, consejos y proyectos sobre la necesaria reorganización del mundo después del incendio que lo ha destruido en buena parte y que amenaza consumirlo todo. Nadie pone en duda que tengamos el deber de acudir a esta necesidad imperiosa. El día de mañana no debe sorprendernos en el estado de funesta imprevención en que la paz

de Versalles sorprendió al mundo. El clásico *laissez-faire* no puede salvarnos. No es legítimo confiar en la inercia de la sola naturaleza, sino que esta inercia debe ser conducida y aprovechada por nuestra voluntad. No nos enfrentamos aquí con una tarea que puede resolver el tiempo abandonado a sí mismo, sino con una tarea que debe ser creación del arte humano, de la conciencia vigilante y despierta. El afán por recomponer el mundo mediante arbitrios políticos pudo ser en otros días la chifladura de aquéllos que llamaba Quevedo “locos repúblicos”. Hoy es un deber apremiante, a menos que nos resignemos a dejar que el planeta se convierta en un revolcadero de bestias. Tras el fracaso de los antiguos esquemas –alianzas parciales, balanzas de poder, etc.–, todos los esquemas se orientan hoy hacia una coordinación superestatal de todas las naciones. Todos lo admiten así en teoría. Pero al acercarnos a la práctica, comienzan las dudas y los recelos.¹⁵

El parecer de Alfonso Reyes implícito en esta formulación del panorama internacional, como el de Arciniegas, se atuvo al eje retórico ayer/Europa/ideal civilizador; hoy/América/esperanza en la realización de ese ideal. El eje en el cual ocurrió el traslado simbólico de Europa a América se operó de acuerdo con los principios

¹⁵ Alfonso Reyes, “Un mundo organizado”, *Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XI, p. 327. Antes de la cita a bando, echamos mano del término “clase literaria” que el propio Reyes usó para caracterizar al grupo de los escritores entre los cuales se situaba a sí mismo ante el poder del Estado. A este respecto consúltese la alocución que Alfonso Reyes pronunció ante el presidente de México Manuel Ávila Camacho en 1945 al recibir el Premio Nacional de Letras, Víctor Díaz Arciniega, ed. y comp., *Premio Nacional de Ciencias y Artes (1945-1990)*, p. 69.

del hombre de letras latinoamericano, ciudadano del territorio simbólico de "Occidente": los expedientes letrados del Humanismo clásico. Por ello Reyes empuñó su crédito en favor de los programas de cooperación interamericana; por ello Arciniegas quiso movilizarse en pos de los valores políticos del liberalismo.¹⁶ Quienes se inclinaron a favor de la vinculación de sus intereses estratégicos con los correspondientes a los países aliados pusieron en marcha algunos mecanismos del discurso que se proponían radicar la alianza política en el territorio simbólico de la llamada "civilización occidental", comunidad solidaria de naciones imaginada gracias al modelo histórico de la filología, la tradición retórico-poética y la filosofía.

Esta construcción simbólica tenía como ejes los fundamentos de la teoría política referida a la cultura grecolatina, al menos como un referente prestigioso. Tal es el caso del uso de los vocablos *democracia* y *libertad* como núcleos léxicos productores de sentido en los discursos culturales de la causa aliada.¹⁷ En el sustrato de estos

principios eminentemente políticos es posible reconocer un complejo entramado

Políticas y procuren entender las cosas conforme al lenguaje de su momento", *Obras completas de Alfonso Reyes*, p. 7. Tanto en Reyes como en Germán Arciniegas, en el depósito de los términos políticos del "lenguaje de su momento" hay un matiz muy fuerte de carácter popular y colectivo, casi diríamos que un sentido atento a la multiplicación y diferenciación demográfica de los pueblos. De esta perspectiva popular y colectiva se desprenden con nitidez las figuras de descubridores, navegantes, marineros, aventureros, empresarios y comerciantes que, según las elaboraciones de ambos escritores, desempeñaron las tareas sustantivas de la incorporación de América en la órbita de influencia europea a partir del siglo XVI. El pirata se perfila nitidamente en el relato literario gracias a este punto de vista. "En Inglaterra, como en Francia o en España, los reyes van a la zaga de la gente del común, pelean como Dios les ayuda" (pp. 128-129). La "gente del común" en este pasaje es la de los puertos, "los pescadores, los burgueses, en una palabra: corsarios y piratas" que "vieron las cosas claras"; es decir, antes que Eduardo VII, convinieron en la oportunidad de extender sus intereses comerciales en el Caribe. Este pasaje, estratégico en el relato de Arciniegas, es el eco de las tesis desarrolladas en *Última Tule* (*Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XI) por Alfonso Reyes relativas a la preparación colectiva que hizo concebible y posible tanto la personalidad como los viajes de Cristóbal Colón; tesis que, en última instancia, se focaliza en el ámbito ibérico para atribuir a la "iniciativa privada" y al "pueblo" la fortuna del Imperio español: "Y el Descubrimiento, como todas las grandes cosas ibéricas, resulta en gran parte una obra de la iniciativa privada" (p. 50). "Esta onda cálida de acciones privadas, tan sensible en la historia peninsular, hace ya que los primeros vecinos de la Nueva España —fenómeno que tiene su equivalente en las demás colonias— se sientan distintos del funcionario metropolitano recién llegado, y asilen en su ánimo los gérmenes de la independencia futura. Hasta cierto punto [...] seguimos creyendo que, en esencia, aquel Imperio no se mantiene tanto por obra de la administración siempre desajustada, ni de un poder marítimo que en rigor nunca fue absoluto, sino por la índole española, por la manera de ser de un pueblo que tiende naturalmente a trascender las instituciones con un desborde de energía personal." (p. 52).

¹⁶ A propósito de esta clase de iniciativas políticas emprendidas por Germán Arciniegas, consúltese Serge I. Zaitzeff, *op. cit.*, pp. 75-78.

¹⁷ Consúltense a este respecto los discursos escritos y pronunciados en el periodo por Jaime Torres Bodet, y hágase un ejercicio de semántica histórica a propósito de los vocablos señalados en la frase que da pie a esta nota, *Discursos: 1941-1964*, Porrúa, 1965. Sobre las variaciones de estos términos del vocabulario político, tómese en cuenta el testimonio que Alfonso Reyes dejó al frente del volumen en el cual recuperó, entre otras de tema afín, las páginas escritas en el escenario de la Segunda Guerra Mundial: "En este tomo se examinan y discuten algunos conflictos actuales. Pero, desde la época en que estas páginas fueron escritas, algunas palabras han cambiado de sentido y hasta se han vuelto de revés. No se impacienten, pues, las Furias

de referencias culturales organizadas en torno de materias de índole diversa cuyo común denominador es la llamada *tradicción clásica* o el Humanismo identificado con sus orígenes grecolatinos. Me refiero a un relato ordenador de la situación internacional de los años cuarenta con base en coordenadas espaciales y temporales radicadas en la Grecia y la Roma clásicas que pretendía dar coherencia a un complejo de comunidades no sólo diversas sino en conflicto; la coherencia pretendida por este relato se sustentaba en las tradiciones intelectuales, rigurosamente letradas, del clasicismo grecorromano y de su influjo modelador en años posteriores. Las instituciones del lenguaje, la filosofía y la literatura se destacan como archivos culturales que aportan autoridades, modelos, pruebas y ejemplos a estas operaciones del discurso, pero también hacen las veces de modelos teóricos sobre los cuales se trazan los relatos pretendidamente coherentes y articulados sin fisuras que postulaban el orden internacional como descendiente del sistema clásico. En este entramado puede comprenderse la densidad de la figura del pirata como portadora del entendimiento que Germán Arciniegas tuvo de América Latina hacia 1944.

LA ÍNDOLE ENSAYÍSTICA DE LA TESIS DE AMÉRICA OCCIDENTALIZADA

Germán Arciniegas, lejos de acudir a los conocimientos y a las convenciones expositivas de disciplinas como por ejemplo la economía y la sociología, escribió una obra situada en el campo de la literatura y, específicamente, en el contrato de lectura implícito en el género del ensayo.

Prueba de ello es el complejo y variado sistema de los recursos narrativos y descriptivos que caracterizan la estructura de *Biografía del Caribe*, adecuada para textualizar el punto de vista agónico que nuestro autor tiene de la historia y de la sociedad. Por tal motivo, en las páginas de este ensayo se suceden diversos perfiles y apuntes biográficos; es decir, breves relatos organizados en torno de la lucha que un ser humano entabla en contra de otros con el fin de dar expresión a sus intereses sociales y conseguir sus objetivos históricos. La sucesión de estos perfiles y estos apuntes constituye un gran relato cuyo sentido histórico y social se apoya en el poder emotivo de tales destinos personales. En un texto de 1982 referido a esta materia, Arciniegas, ya descargado de la obligación de elaborar circunstanciadamente los escenarios y los personajes de su perspectiva agónica, aún sostenía una tesis de gran valor emocional a propósito del Caribe:

El destino del Caribe es la aventura. Aventura fueron los viajes de Colón y aventura las hazañas de piratas, corsarios, filibusteros, contrabandistas, guerrilleros... En cada puerto de tierra firme o de cada isla, historia y leyenda recuerdan emboscados, asaltos, abordajes, hambres en los asedios en que los sitiados han comido hasta los cueros de las correas, escapadas heroicas, golpes de audacia. Y así, parecerá el Caribe el más ruidoso y loco de los mares, pintoresco con sus historias de tesoros y ladrones, divertido con sus generales de opereta: los generalísimos... Y sin embargo, algunos de los dramas más

hondos de la tristeza universal se han sucedido en ese gran teatro del mundo...¹⁸

Una prueba más de la índole ensayística de *Biografía del Caribe* consiste en la construcción de figuras analógicas del discurso mediante las cuales se plantea la tesis de América integrada en el escenario de la civilización europea, de acuerdo con los principios expuestos líneas arriba. Se trata de figuras como la del Caribe mediterráneo que sintetizan procesos complejos del entendimiento de una materia y condensan la exposición lógica mediante entimemas¹⁹ que desarrollan la fuerza tensiva del aparato verbal.²⁰ Estas

figuras resultan del desplazamiento enérgico de un término que se propone como conocido o familiar en el posible lector del ensayo –un *lugar común* que caracteriza a una comunidad de sentido (el Mediterráneo, el “mar grecolatino”)– hacia otro término ajeno al campo del primero (el Caribe) que termina por cobrar un significado gracias a la relación planteada por el desplazamiento: el Caribe mediterráneo. Estas figuras analógicas estructuradoras de *Biografía del Caribe* descargan la obra de una demorada demostración lógico-argumentativa y, en consecuencia, abren el espacio para el despliegue de la descripción de los escenarios, la narración de las aventuras de los héroes, sustento principal de la estrategia tensiva, persuasiva y emotiva de este ensayo. Un índice textual de este mecanismo se reconoce en la falta de un riguroso aparato de lecturas eruditas y especializadas, aun cuando éstas sean aludidas como recursos de autoridad y estrategias de colocación del ensayo en tradiciones del conocimiento definidas y reconocibles. Así ocurre mediante epígrafes, referencias, glosas, citas y una bibliografía sumaria al final del texto, organizada por capítulos. El aparato crítico disimulado bajo estas licencias propias de los textos literarios no altera los procesos sintéticos de intelección y expresión, y se conserva sin embargo para ubicar al autor como parte del ámbito erudito, recurso de autoridad que textualiza la construcción de la identidad pública de

¹⁸ Germán Arciniegas, “El Caribe, un mar con huracanes”, texto recogido en *América ladina*, p. 317.

¹⁹ “Silogismo trunco, el entimema tiene una característica notable: obliga al espectador a completar el orden del pensamiento. Dicho de otro modo: es un silogismo que pide la *colaboración* del lector: ‘De todos los silogismos –dice Aristóteles– ya sean refutativos o demostrativos, los más celebrados son aquellos de los cuales entrevemos las conclusiones desde el principio, en tanto que no sean obvios a primera vista –porque parte del placer que sentimos se debe a nuestra propia inteligente anticipación.’” Evodio Escalante, *op. cit.*, p. 299.

²⁰ Enseguida, hago explícito el sentido en que hago uso del adjetivo *tensivo*: “Al romperse el modelo autoritario y repetitivo de conocimiento [que la autora asocia al canon de la retórica y el latín], la concepción cerrada del mismo como necesariamente ‘constativo’ empieza a ceder su sitio a una concepción abierta, ‘performativa’, en la cual el aspecto intencional, o, para decirlo con un término de nuevo cuño, *el aspecto tensivo*, resulta un componente fundamental, como no lo es menos la importancia atribuida a un destinatario del sentido, que ya no obedece a un modelo de lector receptivo capaz de desentrañar significados cerrados y fijos que sólo pueden repetirse (y que obedece implícitamente a los dictados de un ‘gran inquisidor’ del sentido colocado como anterior a los textos), sino al modelo de lector participativo que se corresponde con la idea de

una ‘obra abierta’ de sentido inacabado (Eco) que habrá de ser permanentemente reestabilizado, completado y enriquecido a través de la tarea de múltiples lectores-intérpretes.” Liliana Weinberg, *op. cit.*, pp. 127-128. (El hincapié es mío.)

esta clase de autores. Así, Germán Arciniegas adopta textualmente la identidad autorizada del *hombre de letras* en la ciudad latinoamericana con base en algunos instrumentos y prácticas del aparato escolar y, al mismo tiempo, organiza su enunciado según una disposición enérgicamente ilocutiva cuyo destinatario es un público abierto, *democrático*, capaz de ser seducido por las peripecias agónicas de los personajes del ensayo/relato. En este umbral del tejido social, en esta frontera o límite que une/separa el aula escolar y la calle, el discurso especializado y la novela de aventuras, la naturaleza ensayística de la tesis y del aparato retórico de *Biografía del Caribe* se hace evidente.

Germán Arciniegas depositó en esta *puesta en forma* de índole ensayística la tesis según la cual la integración de América como un sistema económico y político de naciones ocurrió a lo largo de cuatro siglos (el siglo de oro, el siglo de plata, el siglo de las Luces y el siglo de la libertad según el título de cada uno de los capítulos de su ensayo) en el seno de las tensiones del mismo orden que, a su vez, determinaron la configuración de las potencias de Europa y los Estados Unidos. Esta integración, sin ocultar acontecimientos violentos ni saldos negativos para la población aborígen, supone la reducción del mundo americano al *orden* de la navegación transoceánica, el comercio trasatlántico, la economía de enclaves y la libertad republicana. En este sentido, el ensayista colombiano reproduce en el contexto enunciativo de los años cuarenta del siglo xx la conducta generadora de autoridad cultural del *hombre de letras* que Julio Ramos estudió a propósito de Andrés Bello: el *orden*

de la sociedad imaginado de acuerdo con el *orden* de los modelos lingüísticos y retóricos, el *orden* de las instituciones letradas.²¹

Ahora, Arciniegas, sin desmontar el aparato ideológico y discursivo del *orden letrado*, todavía fuente de autoridad de su estatuto público, abre el abanico de las instituciones ordenadoras en beneficio de la navegación, el comercio y el sistema teórico de libertades republicanas, y aprovecha en su beneficio la autoridad de los discursos científicos sobre los cuales se apoya la relectura de Europa que se hace desde América durante el periodo que nos atañe. Así, Arciniegas propone la reducción de América a un orden inteligible de acuerdo con los principios de la “civilización occidental” que se apoya en una perspectiva literaria de matriz clásica. Estamos ante un *orden* de la inteligibilidad de América planteado con base en las coordenadas espaciales y temporales de la racionalidad europea, reivindicada culturalmente en América “después del incendio” que destruyó el mundo “en buena parte y que amenazó consumirlo todo”, según Reyes. Las coordenadas del espacio trazado por la geografía de Europa y sus flujos comerciales; las claves temporales del relato histórico europeo de la civilización y el progreso material. Estas coordenadas del espacio y el tiempo en las cuales se elabora la historia de América se encuentran textualizadas en la primera de las figuras construidas con detenimiento en *Biografía del Caribe*: la del Mar Caribe representado como un Mar Mediterráneo.

²¹ Julio Ramos, *op. cit.*, pp. 35-49.

EL PIRATA CIVILIZADO Y CIVILIZADOR

Germán Arciniegas plantea a América como consecuencia de los procesos culturales, económicos y políticos cuyo origen, de acuerdo con los discursos de la tradición clásica, se sitúa en el extremo oriental del Mar Mediterráneo, a cuyas orillas se llevó a cabo la articulación política de varios pueblos. Mar “común, internacional, parlanchín, comadrero y chismoso”, en torno del cual las “gentes curiosas, que necesitan ver, oír y dialogar” (p. 16) se reunían para llevar a cabo los ejercicios civiles que se implican en estos verbos.

Ese mar es no sólo la única realidad histórica, sino la imagen poética en que se expresan todas las luchas, trabajos e ilusiones de unos cuantos siglos. Porque hubo esa época marina en que la geografía política no estaba en Tierra Firme, sino pintada sobre sus olas (pp. 15-16.).

El mar es el sustento de la civilización para el ensayista colombiano; cuando los seres humanos se alejan del mar y se internan en el continente, se entregan a la barbarie.

El ensayo de Germán Arciniegas postula un movimiento de sucesivos ensanches que, desde el “pequeño” Mar Egeo, “huevo de donde iba a brotar el Mediterráneo”, incorpora a los pueblos vecinos de toda la costa mediterránea, luego a los del Mar Caribe y, en último término, los de toda América. La figura del Mar Caribe concebido como un mar interior de América, en medio de la tierra, mediterráneo, proyecta sobre este continente la tesis de índole civilizadora, política y comercial que se había desa-

rollado poco antes a propósito del vaso que vincula a tres continentes para exponer la vecindad civil de los pueblos mediterráneos.

Cuando llegaron las naves de Colón, el Caribe pasó, de súbito, a ser cruce de todos los caminos. Por primera vez los pueblos de este hemisferio se vieron las caras. Y se las vieron las de todo el mundo. De Europa llegaron los que venían a hacer su historia, a soltar al viento una poesía nueva. El Caribe empezó a ensancharse y fue el mar del Nuevo Mundo (p. 21).

Este mar mediterráneo de América permitió cumplir a “nuestras viejas naciones” que habían quedado “encerradas en sus castillos de peñas” (Aztecas e Incas) su destino en la civilización europea gracias a la posibilidad de intercambiar ideas y protagonizar “uno de esos choques que fecundan la humanidad y ensanchan los horizontes y la inteligencia” (21). La “lámpara” civilizadora del “mar greco-latino” que irrigó a la cultura clásica y poco más tarde al Renacimiento termina por alumbrar a América gracias a que sus pueblos, como consecuencia del Descubrimiento, se ponen a dialogar en el escenario del Mar Caribe.

Como puede advertirse, esta figura literaria dispone el escenario de sentido para sentar la tesis de la navegación y el comercio marítimo como instrumentos de la civilización. América, por medio del Mar Caribe, queda inscrita en las coordenadas espacio-temporales cuyo centro es el eje Grecia-Roma. En estas coordenadas se ubica la figura de los “piratas y ladrones de Grecia”, navegantes mediterráneos que ya han puesto su granito de

arena civilizadora al contribuir con el diálogo de los pueblos mediante sus incursiones, al lado de “soldados de Julio César, mercaderes de Fenicia, filósofos, apóstoles, santos, hombres libres y esclavos atados al remo” y “pastores [que] bajaban de la campiña, a bañarse, a recoger caracoles” (pp. 16-17). He aquí al pirata incorporado en el elenco de las prácticas de la vida civil. El pirata civilizado y civilizador, según uno más de los traslados de sentido que caracterizan las figuras expresivas de Germán Arciniegas. Este pirata que convive junto con filósofos, apóstoles, santos y pastores mansos que descienden de sus colinas a recoger caracoles entre los dedos del mar, páginas más adelante en el libro del escritor colombiano se convertirá en un embajador de la política y un agente del comercio en el Mar Caribe, ministro plenipotenciario de los intereses reales de Europa en el Nuevo Mundo, sujeto histórico que ata los hilos de la economía política de un verdadero orden internacional. El pirata, por un lado, según el *lugar común* literario, navegante audaz, temerario y violento; asaltante astuto; estrategia perspicaz; por el otro, según el desplazamiento propuesto por la figura literaria de Arciniegas, caballero de su majestad británica, empresario disciplinado, cartógrafo, hombre próspero bien dispuesto en la escala social. Acerca de los primeros epítetos, Arciniegas da cuenta circunstanciada en numerosos episodios, entre los cuales cabe destacar los asaltos de Drake al Puerto de Veracruz y a la ciudad amurallada de Cartagena; el primero por su audacia y temeridad, el segundo por la estrategia de ocupación. Acerca de los siguientes epítetos, el ensayista hace otro tanto al narrar los vínculos de la reina Isabel con

Sir Francis Drake o las rutas del comercio de esclavos de William y John Hawkins.

Por ejemplo, esta perspectiva es la que organiza el relato de las aventuras trasatlánticas de Giovanni da Verrazano quien, a pesar de ser florentino, “asalta las naves de España como pirata francés” (p. 117). El primero de los piratas que reclama demoradamente la atención de Germán Arciniegas para narrar su origen, su formación, la naturaleza de sus servicios a Francisco I y su muerte. Este esquema biográfico sirve a su autor para explicar las disputas entre los reyes más poderosos de Europa hacia la primera mitad del siglo XVI por la primacía en el mundo recientemente trazado gracias a los descubrimientos de nuevos enclaves económicos y nuevas rutas comerciales. “Los ojos de Francisco se vuelven al Caribe.” (p. 116) Los intereses en disputa abandonan el macizo continental y se trasladan hacia el llamado Nuevo Mundo como una guerra por el control de los mares y por el derecho de gozar de las riquezas explotadas en América. “¿Qué derecho asiste a Carlos para ser el único usufructuario de esas tierras?” (p. 116) En este contexto, el pirata Verrazano es el agente comercial y el aventurero que sirve a Francisco I para disputar a Carlos I sus privilegios en el Nuevo Mundo mediante el asalto en altamar de los buques españoles que conducen a su metrópolis bienes materiales de todo tipo.

La hazaña grande de Verrazano, que le hace célebre y temible, es su asalto a las naves que traen el mayor tesoro de Cortés, recogido al tomar la ciudad de México, después de la muerte de Moctezuma (p. 118).

La economía del mundo se acelera en virtud del transporte marítimo de objetos que han dejado de ser tesoros para convertirse en mercancías.

En consecuencia, la figura del pirata aparece iluminada por la luz de sus funciones políticas y económicas en el nuevo orden del mundo, convirtiéndose así en una proyección individualizada, no exenta de los fastos del heroísmo y de la aventura, del sistema de relaciones sostenidas por las grandes potencias europeas del Renacimiento, así como también del esquema emergente de los vínculos económicos y políticos intercontinentales.

El emperador [Carlos V] proclama la guerra a los corsarios, ofreciendo la mitad de la presa a quien ponga la mano en Juan Florentín [Verrazano]. El rey Francisco [II] está contento. Verrazano no ha descubierto un continente, pero sí un nuevo camino para hacer la guerra.

Mientras el rey Francisco hace la desventurada campaña de Italia y cae prisionero, Verrazano sigue pirateando como puede. Cuando regresa el rey de su prisión, le da patente de corso, y Verrazano le escribe cartas contándole sus aventuras. Los banqueros de Lyon contribuyen para equipar sus naves. En Dieppe el nombre de Verrazano es una bandera. El corsario toca en muchas partes de la costa de América, y su nombre queda vinculado al de los grandes descubridores. Es todo un ilustre navegante (pp. 18-19).

La figura del pirata encarna, mediante los recursos de la literatura que intervienen en su construcción, el nuevo orden internacional del siglo XVI determinado por el dominio del Océano Atlántico.

La complejidad del papel histórico desempeñado por esta figura se apoya en el detenimiento con el cual Germán Arciniegas narra sus acciones sin sólo atenerse a su prestigio heroico, sino también gracias al planteamiento implícito de una perspectiva marítima de la civilización. Una perspectiva implícita en la teoría mediterránea de la historia del “mundo occidental” que, lámpara del Humanismo clásico, reverbera con mayor fuerza en el Renacimiento luego de la noche medieval para iluminar el Caribe. En consecuencia, la geografía del mundo entero queda trazada gracias a las coordenadas en las cuales se ubican los puertos, y al carácter histórico-social que el ánimo empresarial de las comunidades humanas que en éstos se desarrollan imprimió a la civilización humana. La navegación y el comercio trasatlánticos resultan en este discurso las “tradiciones” de la llamada civilización occidental que, gracias a la “gente del común” entre la cual se destaca y se amerita el pirata civilizado y civilizador, han modelado el vaso que contiene a América.

CONCLUSIÓN

La lectura crítica de las figuras del discurso y las representaciones que articulan el ensayo *Biografía del Caribe* nos ha permitido reconocer un proceso de argumentación que carece de medios de persuasión de índole lógico-demostrativa, característico del tipo de conocimiento generado y expresado mediante el ensayo; en cambio, este proceso se encuentra enraizado en el enunciado en sí gracias a los recursos verbales que éste pone

en juego y que aspiran a suscitar en el lector una experiencia cognitiva sintética. Los recursos verbales que articulan el enunciado literario aquí estudiado ya contienen en sí un orden del mundo, una estructura cognitiva que sólo se desarrolla narrativamente (no demostrativamente) en el texto. Ese orden del mundo es histórico; por tanto, su conocimiento es una vía de acceso al horizonte de enunciación en que tal orden pudo ser expresado. Tal ha sido nuestro interés al reconocer la historicidad de los recursos e instrumentos verbales que hicieron posible la perspectiva de Germán Arciniegas sobre América Latina ■

BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Carlos. *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005 (Mínima).
- y Beatriz Sarlo. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Arciniegas, Germán. *Biografía del Caribe*. 10ª ed. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1973.
- . *América ladina*. Juan Gustavo Cobo Borda, compilador. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Ardao, Arturo. *América Latina y la latinidad*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993 (500 años después).
- Díaz Arciniega, Víctor, (comp.) *Premio Nacional de Ciencias y Artes (1945-1990)*. México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1991 (Vida y Pensamiento de México).
- Escalante, Evodio. “La metáfora como aproximación a la verdad. Ensayo acerca del ensayo”, *Las metáforas de la crítica*. México, Joaquín Mortiz, 1998.
- Ong, Walter J. *Oralidad y escritura*. Angélica Scherp, traductora. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (Tierra Firme).
- Reyes, Alfonso. *Obras completas de Alfonso Reyes. T. XI. Última Tule. Tentativas y orientaciones. No hay tal lugar*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960 (Letras Mexicanas).
- y Enrique González Martínez. *El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952*. Compilación, estudio introductorio y notas de Leonardo Martínez Carrizales. México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Torres Bodet, Jaime. *Discursos: 1941-1964*, Porrúa, 1965.
- Weinberg, Liliana. *Pensar el ensayo*. México, Siglo Veintiuno Editores, 2007.
- Yankelevich, Pablo. *La revolución mexicana en América Latina. Intereses políticos e itinerarios intelectuales*. México, Instituto Mora, 2003.
- Zaitzeff, Serge I., compilador. *Algo de la experiencia americana. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Germán Arciniegas*. México, El Colegio Nacional, 1998.